

LA SEXUALIDAD HUMANA Y EL MEDICO

Dr. Helí Alzate*

No obstante que la sexualidad es uno de los aspectos más importantes del comportamiento y biología humanos, durante siglos la medicina se ha desinteresado de los componentes socioculturales y biológicos de la **sexualidad humana** propiamente dicha (función erótica) y la ha confundido con la **sexualidad animal** (función reproductora). Por lo tanto, la enseñanza en las escuelas de medicina se ha limitado a la segunda, que es una función filogénicamente antigua compartida por el hombre con los demás animales. En cambio, la **función erótica**, definida por Zwang (1) como "el ejercicio consciente del placer sexual", ha sido olvidada, cuando no reducida a una manifestación patológica del psiquismo, a pesar de que ella sí es **característicamente humana** y que, junto con la función intelectiva, distingue al **Homo sapiens** de los animales inferiores.

Esta deficiencia de la educación médica (y general) tiene una causa inmediata y otra mediata. La primera es que solo durante los últimos treinta años se ha logrado organizar un conocimiento científico metódico al respecto, gracias a las investigaciones de Kinsey (2, 3), Masters y Johnson (4), Money (5) y diversos socio-antropólogos y etólogos. La segunda, y más fundamental, es que, hasta hace unos pocos años, los tabúes sexua-

les de las sociedades de tradición cultural judeocristiana habían impedido que se concretaran las circunstancias propicias para el estudio de dicha materia. Es importante, entonces, comprender la influencia ejercida por la moral cristiana sobre la función erótica.

Sexualidad y pecado

Los juicios ético-religiosos sobre la sexualidad han variado a través de la historia de las sociedades. Sin embargo, la generalidad de los pueblos de la antigüedad precristiana, incluyendo el judío, aceptaba con naturalidad la actividad sexual humana con fin placentero, sometida, eso sí, a regulaciones de tipo económico que beneficiaban a los hombres en detrimento de las mujeres; es decir, estas eran menospreciadas socialmente y obligadas a cumplir las normas del doble patrón de moralidad sexual. Por ejemplo, la predominancia de las formas monogámica y poligínica del matrimonio en las sociedades antiguas es explicable, por ser ellas la única manera como el hombre podía estar razonablemente seguro de que los que entraban en posesión de su herencia habían sido engendrados por

* Profesor Asociado de Sexualidad Humana, Facultad de Medicina, Universidad de Caldas, Manizales.

él. El estricto requisito de la virginidad prematrimonial de la mujer se estableció porque la integridad del himen era la garantía de que la hembra-objeto que se compraba estaba en buen estado, como era de esperar de cualquier otro tipo de mercancía o ganado que se negociara. Con mayor razón se hizo más rigurosa la prohibición del coito extramarital de la mujer porque, si en el caso del matrimonio con mujer no virgen se configuraba un engaño en el negocio, el adulterio de la esposa constituía una franca violación del "derecho de propiedad" del esposo.

Cabe anotar que este concepto se ha perpetuado en las legislaciones de las sociedades más atrasadas (un ejemplo es el Art. 382 del Código Penal Colombiano) en forma del ridículo argumento de la "defensa del honor", que permite al marido asesinar impunemente a su mujer cuando considera que el tal "honor" (entiéndase "derecho de propiedad") ha sido lesionado, aun cuando ya no sienta el menor afecto por ella y él, por su parte, le sea infiel consuetudinariamente.

Las sociedades patriarcales antiguas eran, pues, antifeministas pero no antisexuales. No obstante, con el advenimiento del cristianismo aparecieron las ideas de **impureza** y **pecado** unidas al ejercicio de la sexualidad con fin placentero, lo cual determinó para los siglos por venir el **carácter eminentemente erotóforo** de la moral cristiana. Diversos autores (6, 10) llaman la atención sobre el hecho de que ni en la ética paleotestamentaria, ni en los textos evangélicos que refieren las enseñanzas y actividades de Jesús se encuentran preceptos claros e insistentes que encomien la mortificación y el odio al placer sexual. En realidad, fueron los anacoretas y primeros padres de la Igle-

sia quienes, influenciados por las doctrinas filosóficas griegas estoicas y neoplatónicas (6, 11), crearon la ideología ascética, fuertemente impregnada de masoquismo, la cual estaba muy de acuerdo con sus intereses metafísicos que hacían despreciar la existencia terrenal por ser un estado transitorio interpuesto entre el cristiano y el cielo. En consecuencia, la actividad sexual que, amén de producir placer, perpetuaba la vida debía de ser aborrecida en forma especial.

Por el contrario, la virginidad era ensalzada como el estado más perfecto del ser humano y el matrimonio era considerado como un mal necesario. De todos los padres de la Iglesia, fue San Agustín quien más contribuyó a la sistematización teológica del concepto pecaminoso del acto sexual sin finalidad reproductora (6, 7, 11, 12). La opinión agustiniana (expandida más tarde por Santo Tomás de Aquino) de que la procreación era el único fin bueno del matrimonio y que el placer sexual era abyecto fue defendida por la generalidad de los teólogos moralistas hasta épocas muy recientes.

La gratuita erotofobia de la ética cristiana se patentiza en la interpretación que habitualmente se le dá al "sexto" precepto del decálogo, el cual es enunciado como "no fornicar" aun cuando los textos bíblicos originales (Ex. 20: 14, Dt. 5: 18) son muy claros en prohibir no la fornicación sino el **adulterio**, y solo porque él constituía un ataque a la propiedad privada del marido. Lo que este código primitivo consideraba grave era el robo de la esposa-objeto y no la búsqueda del placer sexual; por ello la prohibición se repite en **Ex. 20: 17** y en **Dt. 5: 21** en donde la mujer se equipara, lisa y llanamente, con las demás pertenencias del marido y en

donde también se vuelve a prohibir el robo en general, que ya lo había sido en el "séptimo" mandamiento (Ex. 20: 15, Dt. 5: 19).

Al condenar los métodos anticonceptivos eficaces, que son de empleo forzoso si se quiere ejercer la función erótica por ser ella **incompatible** con el uso desahogado de la función reproductora, la religión católica lo hace en nombre de las llamadas "leyes naturales" que, curiosamente, no fueron promulgadas por los biólogos sino por los padres del cristianismo en defensa de sus peculiares conceptos ético-metafísicos, y quienes apenas sí conocían la rudimentaria biología de Aristóteles.

Wickler (13) señala que cuando la Iglesia habla de la "naturaleza humana" se está refiriendo realmente a una idea del hombre derivada de un concepto estático del mundo biológico, en el cual la historia y la evolución no juegan papel alguno. Si las normas éticas estuvieran basadas en la naturaleza, deberían de tener la capacidad de variar y adaptarse al progreso del conocimiento. Cuando dichas normas no concuerdan con las leyes biológicas (que es lo que sucede en el caso de la sexualidad) es porque se derivan de una noción abstracta de la verdadera naturaleza humana. De ahí que el argumento religioso más absurdo en contra de la función erótica sea el que la equipara con una actividad puramente animal. Por el contrario, fue justamente la encefalización de la sexualidad animal, durante la hominización, lo que permitió separar completamente la actividad sexual con finalidad placentera de la función reproductora para convertirla en la forma más perfecta y hermosa de relación entre dos seres humanos. Quienes todavía pretenden que la finalidad exclusiva o principal de la sexualidad humana es la

procreación, y que ella no cumple una función autónoma de interrelación afectiva y física y de satisfacción sensual, son los que verdaderamente rebajan la condición humana al estado animal más primitivo. Como dice Havelock Ellis (14), en estas personas "el esfuerzo realizado por Dios (o por la naturaleza), durante millones de años de lucha penosa, para liberar a la especie humana de la yugada reproductora característica de los animales inferiores, ha sido completamente malgastado".

El derecho del ser humano a satisfacer sus necesidades sexuales desligadas de la función reproductora es, pues, plenamente reconocido por la ciencia sexológica y aceptado por la mayoría de los teólogos cristianos protestantes. No ocurre así en el caso de la iglesia católica, cuya posición oficial continúa siendo la de supeditar la función erótica a la procreación y considerar pecaminoso el ejercicio autónomo de la primera (**Cod. Iur. Canon.** can. 1013; encíc. **Casti Connubii** 9, 33, 34, 37; const. **Gaudium et Spes** 48, 50; encíc. **Humanae Vitae** 11, 12, 14). No obstante, el catolicismo liberal, encabezado por teólogos muy eminentes, está luchando para modificar la opinión tradicionalista de la iglesia sobre la sexualidad. Al respecto, merecen señalarse los pronunciamientos del P. Pfürtner, teólogo suizo, entre los más recientes y explícitos (15).

Qué es la sexualidad humana

Como sucede con cualquier otro comportamiento humano, la actividad sexual tiene dos orígenes: la herencia biológica (que determina las funciones psico y somatofisiológicas básicas) y la influencia sociocultural del medio; esta última es preponderante y singulariza al hombre. El funcionamiento sexual de los anima-

les inferiores está orientado hacia la reproducción de la especie; es un simple mecanismo de perpetuación vegetativa e **inmanente** a ella. El hombre, por el contrario, está capacitado para **trascender** el mero aspecto procreativo de la sexualidad. El ser humano (hombre o mujer) puede **ser sexualmente**, con plena independencia de sus células germinales, y justificar dicha existencia en otra forma que para reproducirse. Existe, pues, en el ser humano una **independencia funcional** (que también es **anatómica** en la mujer, entre la sexualidad y la reproducción.

La **sexualidad humana** abarca múltiples aspectos funcionales y del comportamiento; en ella hay que considerar componentes biológicos (psíquicos y somáticos) y socioculturales (históricos y éticos). Por eso se puede definir como **el conjunto de fenómenos funcionales y del comportamiento, condicionados culturalmente e independientes de la función reproductora, que se manifiestan en el hombre o en la mujer como respuesta a estímulos sexuales (psíquicos o somáticos) de cualquier tipo y que tienden a poner al individuo en unión placentera (física y afectiva) consigo mismo o con un objeto externo, pero generalmente con una persona del sexo opuesto**. Para efectos prácticos, la sexualidad humana, tal como es definida aquí, equivale a la función erótica de Zwang (1). En contraposición a ella, la **sexualidad animal** (función reproductora) puede definirse como "el conjunto de peculiaridades estructurales, funcionales y del comportamiento instintivo de los animales que sirve a la reproducción de la especie, mediante la interacción de los padres, y que permite la diferenciación entre machos y hembras".

La aceptación de la existencia de la función erótica humana ha modifica-

do profundamente las ideas tradicionales sobre las conductas sexuales "anormales" o "perversas", calificadas así porque dejan de lado la finalidad reproductora. Lo cierto es que la "normalidad" o la "anormalidad" de los actos sexuales no son conceptos biológicos sino invenciones socioculturales. Los estudios etiológicos y socioantropológicos (9, 13, 16) muestran lo erróneo que es aplicar un criterio teleológico al comportamiento sexual animal en general o humano en particular. Tales investigaciones ponen de manifiesto que, incluso entre los vertebrados inferiores, una actividad aparentemente sexual (reproductora) no siempre está orientada hacia la procreación y en muchos casos es un mecanismo de socialización. La causa de ello es que un órgano, que originalmente servía para cumplir cierta función, durante el proceso de evolución biológica puede adquirir otra finalidad. Ese es el caso de la exhibición de los genitales y de los acoplamientos "homosexuales" entre los primates inferiores, que son actos de dominación social sin ninguna significación "sexual" (procreativa). En forma similar, algunos órganos, filogénicamente destinados a servir la reproducción o la nutrición, son utilizados por el **Homo sapiens** para ejercer la función erótica característica de la especie.

Al respecto, dice Kinsey (2): "Se dá por sentada la creencia en que ciertos tipos de conducta sexual son manifestaciones psicóticas o neuróticas; en realidad, son más a menudo expresiones de comportamientos biológicos básicos de los mamíferos y de los antropoides, y de desprecio deliberado por las convenciones sociales. No hay razón científica para considerar ciertas formas de actividad sexual como intrínsecamente normales o anormales biológicamen-

te, no importa la interpretación moral que se les dé". De acuerdo con este criterio, desde un punto de vista estrictamente médico, un comportamiento sexual que se aparte de la "normalidad" solo puede considerarse patológico si presenta un carácter **compulsivo, exclusivo o lesivo** (para el individuo o para los demás), o si está acompañado de gran ansiedad o sentimiento de culpa (17).

Desarrollo de la sexología como estudio científico

La **sexología**, ciencia que estudia la sexualidad humana, solo comenzó a desarrollarse a fines del siglo pasado y comienzos del presente con las publicaciones de pioneros europeos tales como Roubaud, von Krafft-Ebing, Mantegazza, Moll, Bloch, Hirschfeld, Forel, van de Velde, Ellis y Freud. Desafortunadamente, la mayoría de ellos abordó este estudio con un criterio poco objetivo y definidamente patológico, lo cual es explicable porque, por una parte ellos compartían la opinión tradicional que negaba la existencia de una función erótica humana, y, por la otra gran proporción de su casuística (si no la mayoría) correspondía a individuos que presentaban trastornos mentales.

Por ejemplo, Brecher (18) sostiene que la obra de von Krafft-Ebing, en lugar de ser una contribución positiva a la sexología, no ha hecho sino estimular la creencia en que la sexualidad con fin placentero es una enfermedad repugnante. En los Estados Unidos también hubo investigadores como Beck, Lewis, Exner, Terman, Dickinson, Boas y Goldschmidt que hicieron aportes interesantes, pero en forma no sistemática o fueron poco difundidos.

Entre los precursores europeos hay dos que sobresalen: Havelock y Ellis

y Sigmund Freud. Los estudios de Ellis (19) se destacan por lo exhaustivos y por ofrecer conceptos libres de pretensiones moralizantes, a la vez que presagian las investigaciones modernas de Kinsey y Masters y Johnson (18). La gran importancia de Freud (20) reside principalmente en la influencia que ha ejercido sobre el desenvolvimiento de la psicología y la psiquiatría. Sin embargo, en lo que respecta a la sexualidad humana su valor es más discutible, a pesar de que muchos lo consideran el fundador de los estudios sexuales humanos.

Es cierto que Freud dejó una obra perdurable al establecer que: "1) El comportamiento del adulto tiene raíces en las experiencias infantiles; 2) la frustración de las necesidades sexuales lleva (en algunos casos) a la neurosis; 3) gran parte del comportamiento es integrado por procesos mentales inconscientes" (21). No obstante, su teoría sexual se enfrenta a serios reparos en lo que respecta a la diferenciación (desarrollo) psico-sexual (2, 3, 5, 9, 22, 23), a la sexualidad femenina (4, 23, 24) y, sobre todo, al ejercicio de la función erótica. Freud considera que únicamente hay dos alternativas normales para el impulso sexual: dirigirlo hacia la procreación o sublimarlo (20 **passim**). Para él los actos sexuales "perversos" solo dejan de serlo si "se subordinan a la realización del acto sexual normal (coito vaginal) a título de preparación o intensificación del mismo" (20 vol. 2, p. 317).

¡En este criterio teológico, que impregna toda su obra, se identifica con los más ortodoxos teólogos moralistas católicos! Hoffman (25) justamente hace notar que muchos de los postulados freudianos sobre la conducta sexual no son pronunciamientos científicos sino juicios morales similares a los emitidos por la igle-

sia católica. En conclusión, aunque el catolicismo oficial ha condenado severamente su "pansexualismo", las teorías freudianas (especialmente al ser interpretadas por discípulos más papistas que el Papa como Marie Bonaparte y Helene Deutsch) han prestado gran ayuda a la ideología erotófila y a la creencia en la inferioridad sexual de las mujeres, y han dado un apoyo científico aparente a la noción teológica de pecado al reemplazarla por la neurosis (o la psicosis); prueba de ello es que teólogos modernos (26), consternados por el rigorismo de la iglesia con relación a la sexualidad, han echado mano de esta sustitución del pecado por la neurosis para excusar al individuo que ejerce la función erótica.

Indudablemente, se puede afirmar que las investigaciones de Alfred C. Kinsey (2, 3) inauguraron la era moderna de la sexología científica y son la referencia obligada para todos los estudios posteriores. El inmenso mérito de la obra de Kinsey radica en que fue el primer análisis rigurosamente objetivo y cuantitativo del comportamiento sexual de grupos **normales** de población, a diversos niveles socioculturales, en una sociedad (los Estados Unidos) regida por el código erotófilo del cristianismo. El demostró la gran variabilidad de tal comportamiento, lo mismo que lo frecuentes que son las prácticas sexuales llamadas "anormales", "perversas" o "ilegales". Estos estudios, junto con las investigaciones realizadas por los socioantropólogos en otras culturas (16), echaron por tierra las creencias tradicionales sobre la conducta sexual humana.

Kinsey, un respetable profesor de entomología en la Universidad de Indiana y devotamente puritano no parecía ser la persona indicada para

producir una revolución en el campo de la investigación sexológica (18). Sin embargo, fue precisamente su conservatismo y vida familiar irrepugnables lo que indujo a las autoridades universitarias a nombrarlo profesor de un curso de educación sexual y matrimonio. Al darse cuenta de su propia ignorancia y de la poca objetividad de los trabajos de los pioneros de la sexología, la integridad científica de Kinsey lo llevó a consagrarse, de ahí en adelante, a subsanar esta deficiencia recolectando, con la ayuda de sus colaboradores, las historias sexuales de miles de hombres y mujeres. A su muerte, en 1956, había llegado a un total de 17.500 pero, para la publicación de sus dos libros, solo alcanzaron a ser tabuladas las de 6.300 hombres y 5.300 mujeres. Durante toda su investigación, Kinsey tuvo que hacer frente a la incompreensión y a los ataques de muchos individuos (entre ellos no pocos científicos). Arno Karlen (7) dice que si toda la información sexológica del mundo tuviera que ser destruída y no se pudiera preservar más que una fuente, ella sería la obra de Kinsey.

No obstante su importancia para entender la conducta sexual humana, los trabajos de Kinsey no suministran mucha información sobre la fisiología erótica. Dicha deficiencia fue corregida por las investigaciones de William H. Masters y Virginia E. Johnson (4) quienes, en condiciones experimentales rigurosas, estudiaron las diversas fases del ciclo de reacción sexual en el hombre y en la mujer. Este es el primer (y único) estudio sistemático de la fisiología del acto sexual humano. Una ulterior contribución de Masters y Johnson es la descripción de un método de tratamiento, particularmente eficaz, de las disfunciones eróticas (27).

Otra de las personas que más han contribuido al conocimiento moderno de la sexualidad es John Money (5), quien ha investigado la interacción de la herencia biológica y el medio sociocultural en el establecimiento de la diferenciación psicosexual humana, concepto que viene a substituir al "desarrollo psicosexual" freudiano.

A pesar de que no es un estudio experimental y de que desconoce la importancia de los trabajos de Kinsey, amén de abundar en comentarios sociopolíticos de muy dudosa solidez, merece señalarse el libro de Gérard Zwang (1) por ser el primer texto que describe, franca y sistemáticamente, la función erótica.

Llama la atención el que muchos de los investigadores (comenzando por Kinsey) que han hecho contribuciones capitales a la sexología provengan de profesiones no médicas, tales como la etología, la antropología, la sociología y la psicología.

Importancia de los estudios sexuales en la formación del médico

Se ha creído que los psiquiatras (y, en menor proporción, los ginecólogos y urologos) son los llamados a entenderse con los problemas sexuales en la práctica médica. La realidad es que estos especialistas han patricipado del general desconocimiento de la función erótica como entidad autónoma y normal e, influenciados por las teorías psicoanalíticas ortodoxas, han profesado la idea de que la actividad sexual con finalidad puramente placentera es psicopatológica. Tales criterios se manifiestan en las nomenclaturas de las enfermedades mentales. Por ejemplo, en la más reciente de la American Psychiatric Association (28), la homosexualidad todavía figura dentro

del grupo de trastornos de la personalidad (numeral 302.0) y, lo que es peor, ¡una disfunción erótica pura cual es la frigidez se clasifica como un trastorno psicofisiológico genito-urinario (numeral 305.5)!

Por otra parte, como lo señalan varios especialistas (1, 27, 29, 30), no hay tal que la mayoría de las personas con problemas sexuales padezcan graves neurosis que deban ser tratadas con psicoterapia profunda y prolongada; en efecto, solo una minoría se encuentra en estas circunstancias y el resto necesita una **psicoterapia didáctica** administrada por terapeutas que enfoquen el problema dentro del contexto de las relaciones interpersonales y del medio sociocultural.

Es, pues, un hecho, reconocido por diversas autoridades (30, 32) y corroborado por el autor (33), que el entrenamiento recibido por los médicos en general no los capacita para tratar correctamente los problemas sexuales. Desdice mucho de la instrucción suministrada en las escuelas de medicina el que, con frecuencia, sean profesionales de otras disciplinas, como la sociología y la psicología, quienes mejor reúnen las cualidades para ser un buen terapeuta sexual (31).

Si las facultades de medicina tuvieran cursos bien estructurados de sexualidad humana, los médicos estarían preparados para tratar la mayoría de los problemas sexuales de sus pacientes. Sin embargo, aún así existiría un inconveniente, cual es el que ellos no podrían dedicarle todo el tiempo necesario a las sesiones de psicoterapia didáctica. Tal es el motivo para proponer el establecimiento de la **sexología clínica** como una especialidad (o subespecialidad) de la medicina. El sexólogo clínico se entendería fundamentalmente con dos

tipos de problemas, en individuos sin sintomatología neurótica grave o psicótica: trastornos sexuales psicósomáticos y comportamiento homosexual; utilizaría la psicoterapia didáctica y algunas variedades de terapia conductual.

Masters y Johnson (34) llaman la atención sobre los charlatanes que están proliferando en el campo de la sexología y produciendo, aquí sí, graves desequilibrios psicológicos en quienes caen en sus manos. Esta es una razón más para suministrar a los médicos (e incluso a personal paramédico) un entrenamiento adecuado en el manejo de los problemas sexuales más comunes.

El médico capacitado para ejercer la sexología clínica al tratar a sus pacientes está realizando una verdadera labor de educación (o reeducación) sexual. Esta educación, esencialmente individual o de parejas, podría extenderse a una mayor proporción de la población adulta mediante conferencias a diversos grupos de personas. Además, aunque son los pedagogos los naturalmente encargados de suministrar educación sexual a los niños y adolescentes, ellos, así como los padres, quienes deben colaborar en la tarea educativa, han de recibir previamente una orientación apropiada en sexualidad humana. Entonces, aquí también los médicos, especialmente los pediatras, adecuadamente entrenados tendrían oportunidad de prestar asesoría científica.

Es necesario que las escuelas de medicina incluyan la enseñanza de la función erótica en sus currículos y que se organicen cursos de postgrado sobre el mismo tema. Así, los médicos mejorarían sus conocimientos y actitudes sexuales, con evidente provecho personal y para su práctica profesional.

Resumen

En este artículo se describe la sexualidad humana propiamente dicha (función erótica), una actividad característica del hombre e independiente de la función reproductora cuyo estudio ha sido ignorado por la medicina. Se hace también un relato de la influencia negativa de la moral tradicional sobre el conocimiento de la función erótica, y un esbozo del desarrollo de la sexología científica. Para concluir, el autor subraya la importancia de los estudios sexuales en la formación del médico, y la necesidad de incluirlos en los currículos de las escuelas de medicina.

Summary

This paper describes human sexuality proper (erotic functioning), a characteristically human activity which has been neglected by traditional medicine. The impact of Christian morality on human sexuality is also discussed, and the development of scientific sexology is briefly described. To conclude emphasis is made on the importance of sexual studies in the education of doctors, and on the need of including this instruction in the medical school curriculum.

BIBLIOGRAFIA

- 1 ZWANG, G.: *La Fonction Erotique*. Edition Robert Laffont, Paris, 1972.
- 2 KINSEY, A. C., POMEROY, W. B., MARTIN, C. E.: *Sexual Behavior in the Human Male*. W. B. Saunders Company, Philadelphia, 1948.
- 3 KINSEY, A. C., POMEROY, W. B., MARTIN, C. E., GEBHARD, P. H.: *Sexual Behavior in the Human Female*. W. B. Saunders Company, Philadelphia, 1953.
- 4 MASTERS, W. H., JOHNSON, V. E.: *Human Sexual Response*. Little, Brown and Company, Boston, 1966.

- 5 MCNEY, J., EHRHARDT, A. A.: Man & Woman, Boy & Girl. The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1972.
- 6 COLE, W. G.: Sex in Christianity and Psychoanalysis. Oxford University Press, New York, 1966.
- 7 KARLEN, A.: Sexuality and Homosexuality. W. W. Norton & Company, Inc., New York, 1971.
- 8 LEWINSOHN, R.: A History of Sexual Customs. Harper & Row, Publishers, New York, 1971.
- 9 MARMOR, J.: "Normal" and "deviant" sexual behavior. J.A.M.A. 217: 165-170, 1971.
- 10 RUSSELL, B.: Marriage and Morals. Bantam Books, Inc., New York, 1968.
- 11 HUNT, M.: The Natural History of Love. Minerva Press, New York, 1967.
- 12 FORD, J. C., KELLY, G.: Problemas de Teología Moral Contemporánea. II. Cuestiones Matrimoniales. Editorial "Sal Terrae", Santander, 1965.
- 13 WICKLER, W.: The Sexual Code. Doubleday & Company, Inc., Garden City, 1972.
- 14 ELLIS, H.: On Life and Sex. The New American Library of World Literature, Inc. New York, 1962.
- 15 PFURTNER, S. H.: Ju'est-ce qui reste valable aujourd'hui? Choisir, Genève, Mars 1972.
- 16 FORD, C. S., BEACH, F. A.: Patterns of Sexual Behavior. Harper & Brothers and Paul B. Hoeber, New York, 1951.
- 17 LIEF, H. I., REED, D. M.: Norma psychosexual functioning, in Freedman, A. M., Kaplan, H. I. (Eds.): Comprehensive Textbook of Psychiatry. The Williams & Wilkins Company, Baltimore, 1967.
- 18 BRECHER, E. M.: The Sex Researchers. Little, Brown and Company, Boston, 1969.
- 19 ELLIS, H.: Studies in the Psychology of Sex. Random House, New York, 1936.
- 20 FREUD, S.: Obras Completas. Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 1967-1968.
- 21 KARDINER, A., KARUSH, A., OVESEY, L.: A methodological study of Freudian theory: I. Basic concepts. J. Nerv. Ment. Dis. 129: 11-19, 1959.
- 22 CHODOFF, P.: A critique of Freud's theory of infantile sexuality. Am. J. Psychiatry. 123: 507-518, 1966.
- 23 SALZMAN, L.: Psychology of the female. Arch. Gen. Psychiatry. 17: 195-203, 1967.
- 24 SHERFEY, M. J.: The evolution and nature of female sexuality in relation to psychoanalytic theory. J. Am. Psychoanal. Assoc. 14: 28-128, 1966.
- 25 HOFFMAN, M.: On the concept of genital primacy. J. Nerv. Ment. Dis. 137: 552-556, 1963.
- 26 ORAISON, M.: Vie Chrétienne et Problèmes de la Sexualité. P. Lethielleux-Fayard, Paris, 1972.
- 27 MASTERS, W. H., JOHNSON, V. E.: Human Sexual Inadequacy. Little, Brown and Company, Boston, 1970.
- 28 AMERICAN PSYCHIATRY ASSOCIATION: Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders. 2nd. ed., Washington, 1968.
- 29 LAZARUS, A. A.: Modes of treatment for sexual inadequacies. Med. Aspects Hum. Sexual. 3 (5): 53-58, 1969.
- 30 MASTERS, W. H., JOHNSON, V. E.: Counseling with sexually incompatible marriage partners, in Klemmer, R. H. (Ed.): Counseling in Marital and Sexual Problems. The Williams & Wilkins Company, Baltimore, 1965.
- 31 GADPAILLE, W. J.: Qualifications of "sexologists". Med. Aspects Hum. Sexua. 7 (4): 11, 1973.
- 32 LIEF, H. I.: What medical schools teach about sex. Bul. Tuane Univ. Med. Fac. 22: 161-168, 1963.
- 33 ALZATE, H.: Los conocimientos sexuales de los médicos. Rev. Colomb. Obstet. Ginecol. 24: 323-328, 1973.
- 34 TIME, New York, May 14, 1973.